

do, y acaso no se necesitaba mas que un último conjuro para arrebatarnos al amor de vuestros súbditos.

—Querido tío,—contestó el rey,—os agradecemos el celo que habeis desplegado esta ocasion, y queremos que esta trama sea revelada para que nadie la ignore, con cuyo objeto mandamos que el tribunal se reúna aquí, dentro de tres dias y tenga audiencia, presidido por mí, para confundir y condenar á ese follon matador de reyes.

Sin embargo, el pobre Santiago Delor entendía tan poco de magia, que perdió la cabeza en cuanto se vió preso. Fué entonces fácil hacerle declarar cuanto se quiso, y confesó que el rey habia sido hechizado en toda forma á petición de las señoras de Marigny y del ex-ministro mismo. Al cabo de unas cuantas horas recobró el juicio y quiso protestar contra sus anteriores declaraciones; pero no se le dió audiencia hasta el siguiente dia, y cuando el siguiente dia llegó, se le encontró ahorcado de la reja de su calabozo.

El dia de la audiencia llegó: Marigny, ignorante de cuanto habia pasado, compareció con la misma calma, la misma tranquilidad que habia mostrado anteriormente; mas cuando vió presentarse á su muger y á su hermana, asustadas y entre soldados, sospechó alguna nueva maquinacion, y perdió algo de esa serenidad de ánimo que constituía su fuerza. Su turbacion subió de punto cuando oyó al abogado del rey acusarlo de haber atentado á la vida de Luis X, y del conde Carlos de Valois.

—Se recurre ahora á nuevas calumnias, impudentes, infames,—dijo,—y no sé qué se espera de acusaciones tan abominables, en apoyo de las cuales no se puede rendir la prueba mas insignificante.

—Conoceis estas figuras?—le preguntó entonces el abogado descubriendo las estatuetas de cera colocadas en la mesa,—y no es vuestra mano parricida y sacrilega la que ha atravesado en el corazon y en la cabeza á la que representa el rey, nuestro amado amo y señor?

—Qué significan necedades tan garrafales?—esclamó el acusado:—se trata de buscarme cómplices en el infierno ó en una casa de locos?

—Acaso no se irá tan lejos á encontrarlos,—dijo el conde de Valois.—Se os va á leer la declaracion de Santiago Delor, que ha confesado haberos servido con su magia y hechicería....

—Traigase aquí á ese miserable para que lo confunda.

—Ha muerto,—contestó el abogado del rey:—sus remordimientos lo han matado; pero confundiréis igualmente á vuestra muger y á vuestra hermana aquí presentes, y que confiesan haber solicitado los servicios del mágico Delor para la fabricacion de estas figuras, y el uso horrible que querian hacer de ellas.

La turbacion de Marigny aumentó, y el desgraciado se quedó sin aliento cuando oyó á su muger y á su hermana confesar que habian hecho en efecto fabricar las figuras, si bien es cierto que sostuvieron no haberlo verificado con malos designios, y negaron con energía que se hubiera atravesado la figura del rey por

mano de ellas ó á solicitud suya. Y decian la verdad, y el conde de Valois conocia mejor que ellas, la mano que habia metido los alfileres donde se les veía; pero el cuerpo del delito ecsistia: las dos damas habian sido aprehendidas en compañía del mágico: diez archeros podian atestiguar que las habian encontrado en el gabinete de Delor, sentadas junto á la mesa en que se hacian los conjuros, segun todas las apariencias. Este conjunto de antecedentes era terrible, y sin embargo, Marigny, cuando se mandó retirar á su hermana y á su muger, recobró casi toda su energía y su defensa hubiera sido victoriosa ante otro tribunal; pero el rey temblaba, y el tío del débil monarca habia jurado la pérdida del ex-ministro.

—Creo que el negocio está suficientemente aclarado,—dijo en voz baja Carlos de Valois al monarca su sobrino.—Este hombre se jactaba en otro tiempo de poder obligaros á hacer cuanto queria, y podria entrar en divagaciones peligrosas.

En el acto mandó Luis X que se volviese á llevar á Marigny á su prision. En cuanto salió deliberó el tribunal para salvar las apariencias, pues el susto del rey era una sentencia de muerte para el acusado. Pronuncióse efectivamente el fallo que condenaba á Enguerrando de Marigny á ser ahorcado, no obstante su cualidad de gentil-hombre y los importantes destinos que habia servido, y uniendo el insulto á la crueldad, los inicuos jueces mandaron, por inspiraciones del conde Carlos, que se colgara el cuerpo del sentenciado de la horca de Montfaucon, que él mismo habia mandado levantar en la época de su poder.

El pueblo parisiense saludó la sentencia con gritos de júbilo, pues no atreviéndose á tocar al rey, aquel desgraciado pueblo descargó todo su odio sobre el ministro, por ser el ejecutor de la voluntad del soberano. Un gentío inmenso se dirigió á Vincennes á esperar la salida del desventurado Marigny para insultar su desgracia y acompañarlo hasta el cadalso levantado por él para obligar al populacho al respeto y á la obediencia ciega. Pero era tanto lo que sufría ese pueblo infeliz, eran tales el desprecio y las esacciones con que lo agobiaban á la vez los grandes, que le era imposible no salir de los límites de lo justo y de lo verdadero.

Marigny ignoraba todavía el fallo dado en su contra, cuando resonaron hasta en su calabozo, los gritos de alegría y los inmensos clamores de fuera.

—Qué ocurre al rededor del castillo?—preguntó.

El carcelero á quien se dirigia vacilaba en responder, cuando los gritos aumentaron.

—Ah! ya comprendo ahora lo que es,—agregó el sentenciado:—son los parisienses que han venido á servirme de escolta. Pobrecillos! siempre son lo mismo, corderos ó tigres. Me degollarían hoy sin compasion, y mañana se arrodillarán ante cualquier nuevo poder... Pero por qué nos hacen esperar tanto á ellos y á mí?

En aquel momento se abrió la puerta de su calabozo, y entró el conde Carlos

de Valois, que para gozarse en la agonía del sentenciado iba á anunciarle que nada tenia ya que esperar de la justicia de los hombres.

—Lo sabia ya, monseñor,—contestó el ex-ministro con la mayor serenidad;—pero ahora que vuestra venganza está saciada, espero que os daréis por satisfecho y que no perseguiréis mas á dos débiles mugeres que nada han hecho para merecer vuestro odio, y que al contrario han contribuido á vuestro triunfo, puesto que os habeis servido de sus manos para herirme en el corazon. Haced que las vea por última vez, aseguradme que pronto saldrán en libertad, y no ecsijo mas para perdonaros mi muerte.

—Perdonarme!—repitió el conde irritado:—perdonarme un regicida vendido al diablo, un miserable degradado de su nobleza y sentenciado á la horca!... Preciso es que la muerte os haya vuelto loco para que os atrevais á emplear semejante language. Vuestros crímenes están comprobados: vuestros cómplices en manos de la justicia: el rey decidirá de su suerte.

—Entónces los remordimientos serán los que castiguen vuestro endurecimiento, como no dejarán de hacerlo. Poco tardará en pareceros envidiable mi suerte en comparacion de las torturas que os preparais.

Interrumpiólo la llegada del prevoste de Paris, encargado de conducirlo al Chatelet, donde debia oír la lectura de la sentencia y esperar el momento señalado para la ejecucion. Se le ataron fuertemente las manos, sacándosele en seguida del castillo en medio de un destacamento de archeros, que se aumentó á medida que la comitiva se acercaba á Paris, porque el pueblo que habia proferido gritos de júbilo al saber la condenacion del acusado, prorumpia entónces en gritos de muerte, y de cuando en cuando se precipitaban grupos amenazadores sobre la tropa, con el objeto de romper sus filas y apoderarse del cautivo.

Entre todos los clamores de aquella muchedumbre irritada, furiosa, que parecia querer despedazarlo con sus uñas y sus dientes, caminaba Enguerrando con la mayor tranquilidad. En todas partes, á su tránsito, se abrian las ventanas llenas de curiosos, y de los balcones de los hoteles, así como de los tragaluces de las casas mas miserables, salian salvas de aplausos.

—Dios mio!—dijo el ex-ministro al llegar á la plaza de Grève,—ignoraba que tenia tantos enemigos; pero me consuela pensar que la mayor parte de los que se regocijan de mi muerte, no me conocen.

Llegado á la escribanía de la cárcel del Chatelet, le invitó el prevoste á que se arrodillara para escuchar la lectura de la sentencia que lo segregaba del número de los vivos. Hizolo así al punto, y la oyó con recogimiento. Acabada que fué, se levantó y dijo:

—Es poco noble y decoroso tratar como salteador de caminos al que ha sido honrado con la estimacion y confianza de diversos reyes. No se ha advertido que parte de esa vergüenza de que se quiere cubrirme, pudiera bien hacerse extensiva á la corona de Francia? Convencido estoy de que á pesar de la preven-



cion de la sentencia, no quedará mi cuerpo sin sepultura. La cólera del pueblo no se parece al odio de los grandes: dura poco, y muchas de esas buenas gentes que me colgarian hoy con sus propias manos de la horca, se afligirán mañana al verme en ella.

No se había querido que defendiera á Enguerrando su hermano el obispo de Beauvais, y en vano había solicitado Marigny ver á su muger y á su hermana, encerradas en la prision del Temple. Antes de entrar en el calabozo en que debia pasar aquella noche, pidió por único favor aunque sin mas fruto, que se le permitiera abrazar á sus hijos: su muerte debia ser precedida de todas las torturas morales que pueden desgarrar el alma.

—A lo ménos,—dijo cuando se le negó este último consuelo,—espero que no se prolongará inútilmente mi agonía. A qué hora debo ser ejecutado?

—Hasta pasado mañana, vispera de la Ascension,—le contestaron.

El se contentó con alzar los ojos al cielo, balbuciendo:

—Preciso es que exple mis pecados... Hágase la voluntad de Dios!

Llegó por fin la hora que tanto deseaba el mísero paciente. Como la carrera era larga, y se temia que le faltaran las fuerzas, se le ofreció una mula que se empleaba regularmente á falta de carreta, para trasportar á los sentenciados de la cárcel al lugar de la ejecucion: Marigny la rehusó.

—Perded cuidado, amigo mio,—dijo al verdugo que acababa de quitarle las esposas y de atarle las manos,—jamás me he sentido con mas fuerzas: estad seguro que caminaré con paso tan firme como vos.

Las puertas de la prision se abrieron: la comitiva se puso en marcha por entre un inmenso gentío; pero ya los gritos eran ménos numerosos, y ménos violentos: la cólera del pueblo estaba ya casi enteramente aplacada: la escaltacion habia cedido el puesto á la compasion. Aquel hombre que se maldecia dos días ántes, se le iba á ver ahorcar porque era un espectáculo; pero no se le injuriaba ya, y poco faltaba para que se le tuviera lástima.

Cuando el fúnebre cortejo llegó á Montfaucon, Enguerrando miró el cadalso sin ponerse pálido. Entónces se le acercó el verdugo, que le dijo con embarazo:

—Monseñor, espero que me perdonaréis que desempeñe mi oficio, tan penoso hoy para mí:

—Bien veo, amigo mio,—respondió Marigny sonriéndose,—que no estás acostumbrado á ajusticiar gente honrada. Pierde cuidado: no solamente te perdono, sino que quiero molestarte lo ménos posible.

Al hablar así, se acercó á la escalera que subió solo, tendió el cuello á la cuerda, y espiró sin proferir una queja.

Entretanto Luis X, que despues de pronunciada la sentencia habia salido de Vincennes, su residencia predilecta, para escapar de las opuestas súplicas que preveia, entre su querido tío por un lado, y los amigos y parientes del sentenciado por otro, no tardó en volver; pero estaba triste, sombrío: nada lo distraía. Así pasó cerca de un año, y se comenzaba á temer que perdiera el juicio, cuan-

do una hermosa tarde de Mayo del año de 1316, al estarse paseando, hirió sus oídos el sonido de las campanas.

—Qué función anuncian?—preguntó parándose.

—Señor,—respondió uno de los que lo acompañaban,—mañana es la Ascension.

El rey se puso pálido: los músculos de su rostro se contrajeron.

—Tan pronto!—dijo á media voz:—un año hace ya que murió Marigny!

Y su rostro tan sombrío se oscureció todavía mas. El siguiente día, tratando de distraerse con ejercicios violentos, apenas oyó misa, cuando quiso jugar á la pelota. La partida fué larga y animada: el sudor corría por la cara del monarca, que proseguía en el juego con mas empeño. Al fin lo dejó.

—Basta,—dijo,—traiganme vino fresco.

Se le obedeció. El vino estaba helado: Luis bebió ávidamente cierta cantidad, y fué luego á descansar á la sombra. De repente se sintió acometido de un calofrío mortal y falta de fuerzas, de manera que hubo necesidad de llevarlo á su cuarto.

—No sobreviviré á este ataque,—dijo,—el vino me ha matado.

Y como los médicos llamados entonces físicos, rodeaban su lecho, agregó:

—No es á vosotros á los que necesito: vosotros no me podeis sanar. Un escribano es lo que me hace falta para que no muera yo intestado, lo cual no es conveniente á un rey.

Llamóse al escribano, y Luis X, en presencia de la reina, de su tío Carlos de Valois y de varios prelados, dictó su testamento. Despues de algunas disposiciones preliminares, dijo en voz mas alta, como si hubiera querido dar á entender que se trataba de una reparacion:

“Por el gran infortunio que ha sido la consecuencia de la condenacion de su padre, y tambien por el amor que profesaba la reina mi respetable madre, á la señora de Marigny, lego á los hijos del difunto señor Enguerrando de Marigny, diez mil libras, de cuya suma tomará el mayor de ellos, que es ahijado mio, cinco mil libras, reservándose el resto á los demas.”

Detúvose unos cuantos instantes, y en seguida acabó de dictar con calma, y cuando acabó, declaró que no queria ya pensar mas que en Dios. Poco despues espiró.

Trascurrieron nueve años: á Luis X sucedió Felipe V su hermano, y á Felipe Carlos IV, hermano tambien de ambos. El conde Carlos de Valois disfrutaba de una salud escelente, á pesar de sus muchos años, cuando lo atacó de repente una enfermedad singular: no podía menear los miembros sin sentir dolores atroces: á ciertas horas del día y de la noche rugía como una fiera: el espanto se pintaba en su rostro y estendía los brazos como para espantar alguna aparicion importuna. Habiendo ido á visitarlo el rey Carlos IV su sobrino, le rogó que el cuerpo de Enguerrando de Marigny quedara á su disposicion, y lo hizo tras-

ladar y enterrar con gran pompa en la iglesia de Ecouis, en la que Enguerrando habia establecido en otro tiempo un cabildo. El conde de Valois hizo distribuir á la vez bastantes limosnas, y sus servidores recibieron la orden de decir á cada pobre al hacer sus distribuciones: “Rogad á Dios por Monseñor Enguerrando de Marigny y por monseñor Carlos de Valois,” nombrando siempre á Enguerrando antes que al príncipe.

Esta reparacion tardía calmó mediocrementemente sus últimos instantes: los remordimientos le desgarraban el corazón á la vez que los sufrimientos físicos lo agobiaban.

—Ah!—esclamaba en lo mas fuerte de sus padecimientos,—razón le sobraba para decir que su suerte me parecería envidiable en comparacion de las torturas reservadas para mí.... Yo fui implacable con él, y Dios lo es conmigo....

Y continuaba en estos términos hasta que la violencia del mal le arrancó gritos horrosos, que esparcian el espanto en torno suyo. Sus servidores apenas se atrevían á acercársele, y los médicos, que habian agotado toda su ciencia sin obtener el menor alivio, casi lo habian abandonado, de manera que espiró (1324) en el aislamiento mas completo, sin tener á su lado mas que un sacerdote, y entregado á la violenta desesperacion que le causaba el temor del infierno. Cuatro años despues subía al trono su hijo Felipe de Valois, como sucesor de Carlos IV muerto sin descendencia masculina.

II.

Felipe de Valois hace comenzar la construcción del torreón de Vincennes.—El torreón es acabado por Carlos V.—Carlos VI é Isabel de Baviera en Vincennes.—Amores de Isabel y de Boisbourdon.—Arresto de Boisbourdon.—Dejad pasar la justicia del rey.—Isabel es desterrada de Vincennes.

Como sus predecesores, Felipe de Valois hizo á Vincennes su residencia predilecta; pero el castillo, á pesar de los aumentos que habia recibido desde en tiempo de Luis X, le pareció insuficiente, por lo que lo mandó arrasar para reemplazarlo con un edificio mas amplio que se llamó el Torreón, y cuyos cimientos se echaron en 1337. Las guerras incesantes, la miseria pública, la falta continua de dinero que señalaron los últimos años de este reinado, no permitieron proseguir la obra con grande actividad, de suerte que los cimientos era lo único que estaba acabado cuando Felipe murió (1350).

El reinado de Juan, hijo de Felipe, no fué ménos agitado que el de su padre: